

LOCKE: "Ensayo sobre el entendimiento humano" (Comentarios)

LIBRO I, CAPÍTULO II: «no hay principios prácticos innatos»	2
LIBRO II, CAPÍTULO VIII.....	4
<i>Otras consideraciones sobre nuestras ideas simples</i>	<i>4</i>
LIBRO IV, CAPÍTULO II.....	11
<i>Sobre los grados de nuestro conocimiento</i>	<i>11</i>
LIBRO IV, CAPÍTULO IV	14
<i>Acerca de la realidad del conocimiento.....</i>	<i>14</i>
BIBLIOGRAFIA.....	18

EUGENIO MOLERA

LIBRO I, CAPÍTULO II: «NO HAY PRINCIPIOS PRÁCTICOS INNATOS»

1.-No hay principios morales que sean tan claros y tan generalmente acogidos como los principios especulativos anteriormente mencionados

Si los principios especulativos de que tratamos en el capítulo anterior no gozan, de hecho, de asentimiento universal por parte de la humanidad, según hemos probado, está mucho más claro que los principios prácticos quedan lejos de ser universalmente acogidos y me temo que será difícil presentar una regla moral que pretenda tener un asentimiento inmediato y general como la proposición «lo que es, es», o que sea una verdad tan manifiesta como aquello de que «es imposible que una misma cosa sea y no sea a la vez». De aquí resulta evidente que los principios prácticos están más alejados del derecho de ser innatos, y que es más poderosa la duda acerca de que sean impresiones innatas en la mente. Pero no es que se ponga en duda su verdad; son igualmente verdaderos, aunque no igualmente evidentes. Los principios especulativos llevan consigo su evidencia; los principios morales, en cambio, requieren raciocinio y discurso y algún ejercicio de la mente para que se descubra la certidumbre de su verdad. No se muestran como caracteres grabados en la mente, los cuales, sí los hubiera, serían de suyo visibles y conocidos con certeza por todos gracias a su propia luz. Peso esto no constituye una derogación de su verdad ni de su certidumbre, del mismo modo que no lo es de la verdad y de la certidumbre de que los tres ángulos de un triángulo son igual a dos rectos sólo porque no es algo tan evidente como que «el todo es mayor que la parte», ni algo tan apto para ser asentido la primera vez que lo escuchamos. Basta que esas reglas morales sean susceptibles de ser demostradas y, por tanto, debemos culparnos a nosotros mismos si no alcanzamos un conocimiento de ellas. Por la ignorancia que muchos hombres tienen a ese respecto, y la morosidad en asentir con que otros los acogen, son pruebas evidentes de que no son innatos, ni aparecen a la vista del hombre sin antes haberlos buscado.

2.-No todos los hombres reconocen que la fidelidad y la justicia son principios. Para saber si existen unos principios morales en los que concuerden todos los hombres, me atengo a la sentencia de cualquiera medianamente documentado en la historia de la humanidad y que se haya asomado más allá del humo que desprende su propia chimenea. ¿Dónde está esa verdad práctica que es universalmente admitida, sin dudas ni reparos, como debería serlo si fuera innata? La justicia y el cumplimiento de los contratos es algo en lo que la mayoría de los hombres parecen estar de acuerdo. Es éste un principio que se supone tiene aplicación hasta en las guarida de los bandidos y en las cuadrillas de los mayores malvados, y hasta los que han llegado al extremo de repudiar los mismos sentimientos de humanidad, guardan entre sí la palabra y observan reglas de justicia. Admito que los forajidos se comportan así en sus tratos; pero no por haber recibido esos principios como leyes innatas de la naturaleza. Las observan como reglas de propia conveniencia dentro de sus comunidades; porque es imposible concebir que admita la justicia como principio práctico quien obra rectamente con su compañero de fechorías y, al tiempo, despoja o mata al primer hombre honrado que encuentra. La justicia y la fidelidad son vínculos comunes de la sociedad, y por esa razón hasta los forajidos y los ladrones, que han roto con el resto del mundo, tienen que mantener la palabra y observar entre sí reglas de equidad, pues de lo contrario no podrían mantenerse unidos. Pero ¿habrá alguien que se atreva a decir que quienes viven del fraude y de la rapiña tienen principios innatos de fidelidad y de justicia que acatan y a los que asienten?

3.-Contestación a la objeción de que aunque los hombres los nieguen en la práctica, no obstante las admiten en el pensamiento

Quizá se alegue que el asentimiento tácito de sus mentes esté de acuerdo con lo que sus actos contradicen. A esto contesto, primero, que siempre he pensado que las acciones de los hombres son las mejores intérpretes de sus pensamientos. Pero puesto que es seguro que los actos de la mayoría de los hombres y las actividades manifiestas de algunos han puesto en duda o negado esos principios, es imposible pretender establecer un consenso universal (aunque solamente lo busquemos entre hombres maduros) sin el cual no se podrá concluir que sean innatos esos principios. Pero, en segundo lugar, resulta muy raro y poco razonable suponer unos principios prácticos innatos que acaben en pura contemplación. Los principios prácticos derivados de la naturaleza son para fines operativos, y deben producir conformidad en las acciones y no solamente un asentimiento especulativo a su verdad, pues de otra manera es inútil distinguirlos de los principios especulativos. La naturaleza, lo admito, ha sembrado en el hombre un deseo de felicidad y de aversión ante la desgracia. Realmente, éstos son principios prácticos innatos que, como corresponde a los principios prácticos, continúan operando constantemente e influyen sin cesar en todas nuestras acciones. Pueden observarse en todas las personas y en todas las edades de modo fijo y universal; pero se trata de inclinaciones del apetito hacia el bien, y no de impresiones de la verdad en el entendimiento. No niego que haya tendencias naturales impresas en la mente de los hombres, y que desde el mismo momento en que hay sentido y percepción unas cosas les son gratas y otras mal recibidas; a unas se inclinan y otras las rehúyen, pero esto no favorece en absoluto la doctrina de los caracteres innatos en la mente, que serían los principios del conocimiento para gobernar nuestros actos. Tan lejos está esto de confirmar las susodichas impresiones naturales en el entendimiento, que lo dicho resulta un argumento en contra, porque si hubiera caracteres ciertos impresos por la naturaleza en el entendimiento, como principios del conocimiento, no podríamos menos que percibirlos al actuar constantemente en nosotros e influir en nuestro conocimiento, de igual manera que percibimos a esos otros que operan en la voluntad y en el apetito, sin que nunca dejen de ser los resortes y los motivos constantes de todas nuestras acciones, a las que constantemente impulsan con fuerza.

4.-Las reglas morales requieren pruebas, luego (ergo), no son innatas
Otro motivo que me hace dudar de la existencia de principios prácticos innatos es que no creo que pueda proponerse una sola regla moral sin que alguien tenga derecho de exigir su razón, lo que sería completamente ridículo y absurdo si fueran innatos o por lo menos evidentes por sí mismos, que es lo que todo principio innato debe necesariamente ser, sin que requiera una prueba para determinar su verdad ni necesite ninguna razón para obtener su aprobación. Se creería falta de sentido común a quien pidiera, de una forma u otra, la razón de por qué es impasible que una misma cosa sea y no sea a la vez. Esto lleva consigo su propia luz y evidencia, y no necesita ninguna prueba. Quien entienda los términos, concederá su asentimiento a esta proposición por sí misma, o de lo contrario nada habrá que pueda influir en su ánimo para que lo haga. Pero si se le propusiere a alguien esa inamovible regla de moralidad, fundamento de toda virtud social que dice «uno debe comportarse como quisiera que el otro se comportara con uno», sin que antes lo hubiese escuchado, pero estando dotado de capacidad para entender su sentido, ¿acaso no podría preguntar, sin incurrir en el absurdo, por la razón de ella?, ¿acaso quien se lo

propusiese no estaría obligado a explicarle su verdad y su racionalidad? Esto demuestra elocuentemente que no es innata, porque si lo fuera no necesitaría ni admitiría prueba, sino que necesariamente (al menos, tan pronto como fuese escuchada y entendida) sería acogida y asentida como una verdad indiscutible, de la que ningún hombre puede dudar en manera alguna. De esta forma, la verdad de todas estas reglas morales depende claramente de algo que le es previo y de lo que es preciso deducirlas, lo que no podría ser si fuesen innatas o, por lo menos, evidentes por sí mismas.

5.-Ejemplo: *en la obligación de guardar los compromisos Que los hombres guarden sus compromisos es, sin duda alguna, una importante e innegable regla moral; pero, a pesar de todo, si se pregunta a un cristiano que tiene la perspectiva de la felicidad o de la desgracia en la otra vida, por qué motivo está un hombre obligado a mantener su palabra, dará como razón que Dios, que es el poder de la vida y de la muerte eterna, así nos lo pide. Pero si la misma pregunta se hace a un partidario de Hobbes, contestará que el público así lo requiere, y que si no lo hace el Leviatán lo castigará. Y si a uno de los antiguos filósofos paganos se le hubiera hecho la misma pregunta, habría replicado que obrar de otra manera sería deshonesto, degradante para la dignidad humana y contrario a la virtud la más alta perfección de la naturaleza humana.*

LIBRO II, CAPÍTULO VIII

Otras consideraciones sobre nuestras ideas simples

Locke comienza afirmando que todo aquello que afecta a nuestros sentidos es capaz de producir en el entendimiento una idea simple de sensación. Ahora bien, una cosa es la idea en sí y otra distinta la causa que la produce. Por todo ello, la mente puede considerar como *positiva* a una idea cuando realmente su causa es una *privación*. Por ejemplo, la mente considera como positivas las ideas de luz y de oscuridad; pero, en el segundo caso, la causa de tal idea es una clara *privación* de la luz la que produce tal idea. Del mismo modo, resulta evidente que la *sombra de un hombre* produce en la mente una idea tan clara y tan positiva como la que produce el cuerpo de un hombre cuando está totalmente bañado por la luz solar. Ahora bien, lo que también es evidente es que la causa de la idea de sombra es una *privación* de luz. Pues bien, según Locke, los *nombres negativos* intentan, de algún modo, solucionar este problema. Y es que con tales nombres lo que se persigue es mostrar que no significan ideas positivas sino su ausencia. Algunas de tales ideas son las de *insípido*, *silencio*, *nada*, ya que son palabras que hacen referencia a otras ideas positivas, como *gusto*, *sonido* y *sed* pero haciendo hincapié en su ausencia o privación

En lo que se refiere a las ideas simples de la sensación, hay que tener en cuenta que todo aquello que esté constituido por la naturaleza de forma que pueda producir en la mente alguna percepción al afectar a nuestros sentidos, produce también una idea simple en el entendimiento; dicha idea, sea cual fuere su causa externa, una vez que nuestra facultad de discernir la advierte, se ve y se considera por la mente, lo mismo que cualquier otra idea, como una idea que realmente es positiva en él entendimiento, aunque pudiera ser que su causa no fuera, en el sujeto, sino una privación. De esta manera, de la oscuridad, y de lo negro, son ideas claras y positivas en la mente; aunque, tal vez, algunas de las causas que las producen no sean más que simples

privaciones en los sujetos de donde nuestros sentidos extraen esas ideas...Estas son dos cosas distintas que se deben diferenciar de manera cuidadosa, porque una cosa es percibir y conocer la idea de lo blanco y de lo negro y otra muy diferente el examinar qué clase de partículas tendrán que ser y cómo deberán disponerse en la superficie para que un objeto cualquiera aparezca como blanco o como negro....Sin embargo, que esto sea así o no, es algo que no voy a determinar aquí; me conformo con hacer un llamamiento a la experiencia individual de cada uno para que diga si la sombra de un hombre, aunque sólo consista en la ausencia de luz (pues mientras mayor sea la ausencia de luz, más visible será la sombra), no provoca, al observarla, una idea tan nítida y positiva en su mente como la que produce el cuerpo de un hombre cuando está totalmente bañado por la luz solar. Y el dibujo de una sombra es una cosa positiva. Ciertamente, poseemos algunos nombres negativos que no significan directamente ideas positivas, sino su ausencia, tales como insípido, silencio, nada, etc., palabras que hacen referencia a otras ideas positivas, como gusto, sonido y sed, significando su ausencia.

Para descubrir mejor la naturaleza de nuestras ideas, Locke, señala la necesidad de entender la diferencia existente entre lo que son las ideas o percepciones de la mente y las modificaciones presentes en la materia corporal que posibilitan tales percepciones. En este contexto, Locke, señala la necesidad de aclarar conceptos y, por ello, establece una diferencia entre idea y cualidad. La *idea* es, o bien lo que la mente percibe en sí misma, o bien el objeto inmediato de una percepción o pensamiento. Por su parte una *cualidad* es el poder que tiene un objeto de producir cualquier idea en la mente. Por ejemplo, una *bola de nieve* es un objeto que tiene el poder de producir en nosotros las ideas de lo blanco, lo frío y lo redondo. Pues bien, a estos poderes de producir en nosotros las ideas es a lo que Locke llama *cualidades*. Esas cualidades, en tanto en cuanto son sensaciones o percepciones en nuestro entendimiento se convierten en ideas.

Para mejor descubrir la naturaleza de nuestras ideas y para discurrir inteligentemente acerca de ellas será conveniente distinguirlas en cuanto que son ideas o percepciones en nuestra mente, y en cuanto que son modificaciones de materia en los cuerpos que causan en nosotros dichas percepciones. Y ello, para que no pensemos (como quizá se hace habitualmente) que las ideas son exactamente las imágenes y semejanzas de algo inherente al objeto que las produce, ya que la mayoría de las ideas de sensación no son más en la mente la semejanza de algo que exista fuera de nosotros, que los nombres que las significan son una semejanza de nuestras ideas, aunque al escuchar esos nombres no dejan de provocarlas en nosotros....Todo aquello que la mente percibe en sí misma, o todo aquello que es el objeto inmediato de percepción, de pensamiento o de entendimiento, a eso llamo idea; en cuanto al poder de producir cualquier idea en la mente, lo llamo cualidad del objeto en que reside ese poder. Así, una bola de nieve tiene el poder de producir en nosotros las ideas de blanco, frío y redondo; a esos poderes de producir en nosotros esas ideas, en cuanto que están en la bola de nieve, los llamo cualidades; y en cuanto son sensaciones o percepciones en nuestro entendimiento, los llamo ideas.

En relación con las cualidades, Locke, distingue entre cualidades primarias y cualidades secundarias. Las *cualidades primarias* son aquellas que son enteramente inseparables del cuerpo y, además, que no se conservan siempre en él por muchas alteraciones o cambios que en dicho cuerpo se produzcan. En este contexto, Locke, nos pide que tomemos un grano de trigo y que lo dividamos en dos partes. Es evidente que cada parte

tiene *solidez, extensión, forma y movilidad*. Pues bien, aunque dividamos cada una de esas partes, ellas seguirán reteniendo esas mismas cualidades. Y es que la *solidez, la extensión, la forma y la movilidad* son cualidades originales o primarias de un cuerpo. Por su parte, las *cualidades secundarias* son aquellas que no son nada en los objetos mismos, sino, simplemente, los poderes que permiten que surjan en nosotros diferentes sensaciones. Por ejemplo, el *color, el sonido y el gusto* no serían cualidades propias de los objetos sino poderes que permiten que en nosotros se manifiesten tales cualidades.

Así consideradas, las cualidades en los cuerpos son, primero, aquellas enteramente inseparables del cuerpo, cualquiera que sea el estado en que se encuentre, y tales que las conserva constantemente en todas las alteraciones y cambios que dicho cuerpo pueda sufrir a causa de la mayor fuerza que pueda ejercerse sobre él. Esas cualidades son tales que los sentidos constantemente las encuentran en cada partícula de materia con bulto suficiente para ser percibida, y tales que la mente las considera como inseparables de cada partícula de materia aun cuando sean demasiado pequeñas para que nuestros sentidos puedan percibirlas individualmente. Por ejemplo, tomemos un grano de trigo y dividámoslo en dos partes; cada parte todavía tiene solidez, extensión, forma y movilidad. Divídase una vez más, y las partes aún retienen las mismas cualidades; y si se sigue dividiendo hasta que las partes se hagan insensibles, retendrán necesariamente, cada una de ellas, todas esas cualidades. Porque la división....no puede jamás quitarle a un cuerpo la solidez, la extensión, la forma y la movilidad...A esas cualidades llamo cualidades originales o primarias de un cuerpo....Pero, en segundo lugar, hay cualidades tales que en verdad no son nada en los objetos mismos, sino poderes de producir en nosotros diversas sensaciones por medio de sus cualidades primarias, es decir, por el bulto, la forma, la textura y el movimiento de sus partes insensibles, como son colores, sonidos, gustos, etc. A éstas llamo cualidades secundarias.

Las *cualidades secundarias* tienen su base en las *cualidades primarias* de los objetos pero no están presentes en tales objetos. Para explicar cómo aparecen en el sujeto tales cualidades secundarias, Locke, no es nada preciso. Únicamente habla del IMPULSO de algún tipo de movimiento de los objetos que llega a afectar a algunas partes de nuestro cerebro, haciendo que, por ejemplo, se nos muestre la sensación del olor, del gusto o del olfato. Así, por ejemplo, las sensaciones de color y olor que produce en nosotros la visión de una *violeta* no sería debido a que tales cualidades estuvieran presentes en tal cuerpo, como cualidades primarias, sino simplemente debido a que el impulso, de partículas insensibles de la materia, produce diferentes movimientos en la *violeta* lo que permite que la sensación del *color azul* y del *aroma dulce* de esa flor se produzcan en nuestra mente

La próxima cosa que debe considerarse es cómo los cuerpos producen ideas en nosotros, y manifiestamente, la única manera en que podemos concebir que operen los cuerpos es por impulso.....ya que es evidente que habrá algún movimiento en esos objetos que, afectando a algunas partes de nuestro cuerpo, se prolongue por conducto de nuestros nervios o espíritus animales hasta el cerebro o el asiento de la sensación, hasta producir en nuestra mente las ideas particulares que tenemos acerca de dichos objetos. Y puesto que la extensión, la forma, el número y el movimiento de cuerpos de grandor observable pueden percibirse a distancia por medio de la vista, es evidente que algunos cuerpos individualmente imperceptibles deben venir de ellos a los ojos, y de ese modo comunican al cerebro algún movimiento que produce esas ideas que

tenemos en nosotros acerca de tales objetos...Vamos a suponer, entonces, que los diferentes movimientos y formas, volumen y número de tales partículas, al afectar a los diversos órganos de nuestros sentidos, producen en nosotros esas diferentes sensaciones que nos provocan los colores y olores de los cuerpos; que una violeta, por ejemplo, por el impulso de tales partículas insensibles de materia, de formas y volumen peculiares y en diferentes grados y modificaciones de sus movimientos, haga que las ideas del color azul y del aroma dulce de esa flor se produzcan en nuestra mente...Por ello las cualidades secundarias no son nada en verdad en los objetos mismos, sino poderes de producir en nosotros diversas sensaciones, y dependen de aquellas cualidades primarias, a saber: volumen, forma, textura y movimiento de sus partes, como ya dije.

Locke afirma que las cualidades *secundarias* dependen de las *primarias*. Esto quiere decir que las cualidades secundarias no son nada en los objetos mismos. Únicamente, como ya hemos señalado anteriormente, son poderes de producir en nosotros diversas sensaciones. Por todo ello, las cualidades secundarias dependen de las primarias, es decir, del la forma, el volumen y el movimiento de los cuerpos. Además, continúa afirmando Locke, las ideas de las cualidades primarias de los cuerpos son semejanzas de dichas cualidades y, por tanto, sus modelos existen en los cuerpos mismos. No sucede lo mismo con las cualidades secundarias. Esto implica que cualidades secundarias como son lo dulce, lo azul o lo caliente no están presentes en los cuerpos del mismo modo que lo están la extensión o el movimiento. Para justificar su postura, Locke, nos pide que reflexiones sobre los efectos que produce en nosotros el *fuego*: es evidente que si nos acercamos a una pequeña distancia de él surge en nosotros la sensación de calor. Sin embargo, si nos ponemos muy cerca de él y nos quemamos se produce en nosotros la sensación de dolor. Pues bien, si se pregunta a alguien acerca de si el calor es una cualidad que pertenece al fuego en sí, es indudable que muchos responderían que sí lo es. Sin embargo, si se le pregunta si el dolor es una cualidad que también pertenece a él, todos contestaríamos que no. Ahora bien, se pregunta Locke, por qué cosa ha de estar el calor presente en el fuego y el dolor no cuando es él mismo la causa de ambas sensaciones? ¿Por qué causa ha de estar la blancura y la frialdad en la nieve, y no debe estarlo el dolor que esa misma nieve puede producir en un sujeto?

De donde, creo, es fácil sacar esta observación: que las ideas de las cualidades primarias de los cuerpos son semejanzas de dichas cualidades, y que sus modelos realmente existen en los cuerpos mismos; pero que las ideas producidas en nosotros por las cualidades secundarias en nada se les asemejan. Nada hay que exista en los cuerpos mismos que se asemeje a esas ideas nuestras. En los cuerpos a los que denominamos de conformidad con esas ideas, sólo son un poder para producir en nosotros esas sensaciones; y lo que en idea es dulce, azul o caliente, no es, en los cuerpos que así llamamos, sino cierto volumen, forma y movimiento de las partes insensibles de los cuerpos mismos; pero que en nada se asemejan las ideas que en nosotros producen las cualidades secundarias. No hay nada que exista en los cuerpos mismos que se parezca a esas ideas nuestras. Sólo existe un poder para producir en nosotros esas sensaciones....Generalmente se cree que estas cualidades son en esos cuerpos lo mismo que esas ideas que están en nosotros: equivalencia total las unas de las otras, como lo serían de reflejarse en un espejo; y la mayoría de los hombres tendrán por muy extravagante a quien afirme lo contrario. Sin embargo, el que tenga en cuenta que el mismo fuego, que provoca en nosotros a cierta distancia la sensación de calor, nos produce, si nos acercamos más, la sensación totalmente

diferente de dolor, tendrá que reflexionar para él mismo el motivo que pueda tener para afirmar que su idea de calor provocada en él por el fuego está realmente en el mismo fuego, y que su idea de dolor, que de igual manera le produjo el mismo fuego, no está en el fuego. ¿Por qué causa, pues, han de estar la blancura y la frialdad en la nieve, y no debe estarlo el dolor que produce todas esas ideas en nosotros; ideas que no se pueden provocar sino por el volumen, la forma, el número y el movimiento de sus partes sólidas?

En definitiva, concluye Locke, en su análisis de las cualidades *primarias* y *secundarias*, el volumen, la forma, el movimiento están realmente en los cuerpos y, por ello, pueden denominárselas *cualidades reales* de esos cuerpos. Por el contrario, la luz, el calor, la blancura o la frialdad no existen de una forma más real en los cuerpos que la enfermedad o el dolor en el azúcar. Tomemos un *trozo de azúcar*. Es evidente que la extensión, la figura y el movimiento están realmente en el azúcar. Además, debido a los movimientos de las partes del azúcar, éste tendría el poder de producir en nosotros la sensación de malestar, e, incluso de dolor agudo. Ahora bien, todo el mundo admite que estas ideas de malestar y de dolor no están en el azúcar mismo, sino que son efectos de sus operaciones en nosotros y que, cuando no las percibimos no están en ninguna parte. Pues bien, si eso es lo que decimos del malestar o del dolor; ¿por qué empeñarnos en pensar que otras cualidades que también se producen en nosotros, a partir del azúcar, como son las de dulce o blanco se encuentran presentes como reales en el azúcar? Es evidente que si el azúcar puede provocar en nosotros las sensaciones de dolor o malestar, sin que estas sensaciones estén presentes de modo real en tal azúcar; también podría producir en nosotros las ideas de color y sabor. Existe una diferencia clara entre las *cualidades primarias* y las *cualidades secundarias*. Las *cualidades primarias* existen realmente en el objeto mientras que las *cualidades secundarias* no. consideremos, señala Locke, lo que sucede con el pórvido: si se impide que la luz caiga sobre él, entonces no se produce en nosotros las ideas correspondientes con sus colores. Ahora bien, ¿puede decirse que hubo un cambio real en el Pórfido y que las ideas de blancura y rojo están en él cuando no los percibimos como tales en la oscuridad? ¿Seguirían estando en él las cualidades de extensión y forma? Es evidente que sí. Muélase una almendra, continúa señalando Locke, y se convertirá su limpio color blanco en un blanco sucio, y su sabor dulce en sabor oleaginoso. Ahora bien, esa misma almendra sigue teniendo forma y extensión.

Se consideran semejantes las ideas de las cualidades primarias; pero no de la misma manera la de las cualidades secundarias. Consideremos los colores rojo y verde en el pórvido, impidamos que la luz caiga sobre él y desaparecerán sus colores, y no se producirán esas ideas en nosotros. En el momento en que la luz vuelva, se producirán de nuevo en nosotros esas ideas: ¿puede alguien pensar que hubo un cambio real en el pórvido por la presencia y ausencia de la luz, y que las ideas de blancura y de rojo están en realidad en el pórvido iluminado, cuando, al estar en la oscuridad, no tiene ningún color y es totalmente llano? Realmente, de día o de noche, tiene una configuración tal de partículas que puede, por el reflejo de los rayos de la luz en algunas de las partes de esa piedra dura, provocar en nosotros la idea de rojo, y en otras partes, la idea de lo blanco. Pero lo blanco y lo rojo no están nunca en lo pórvido, sino únicamente una textura tal que puede producirnos semejantes sensaciones.....Muélase una almendra, y se convertirá su limpio color blanco en un blanco sucio, y su sabor dulce en un sabor oleaginoso. Pero ¿qué alteración real pueden producir los golpes de una muela en un cuerpo que no sea la de su textura?

Ya al final del capítulo VIII, Locke, señala que las cualidades de los cuerpos pueden ser de tres clases: la *primera* clase se refiere a las cualidades primarias (extensión, forma, movimiento) que están presentes en los cuerpos. La *segunda* se refiere al poder que existe en los cuerpos (a causa de la existencia de cualidades primarias) de provocar en nosotros las ideas de diferentes colores, sonidos olores, gustos, etc. son las cualidades secundarias. En *tercer lugar*, existe también el poder que un cuerpo tiene de producir en otro un cambio en su textura como, por ejemplo, cuando el sol derrite el plomo. Locke prefiere denominar a estas cualidades como potencias. si Locke establece ahora está triple diferencia es por lo siguiente: tiende a pensarse (algo que Locke considera falso) que las cualidades secundarias, por ejemplo, el calor o la luz, se hallan presentes en las cosas mismas; mientras que los efectos que producen, gracias a sus potencias, no estarían presentes en los objetos que los causan sino en los afectados. Por ejemplo, se considera que el calor y la luz serían cualidades reales del sol. Sin embargo, al mismo tiempo, se piensa también que el sol, por ejemplo, en referencia a la cera que derrite, no sería una cualidad que se encuentra en el sol sino un efecto producido por su potencia. Pues bien, según Locke, las cualidades de la luz o calor no estarían en el sol más que los están los cambios que opera en un trozo de cera (blandura). Desde este punto de vista, por tanto, tanto las *cualidades secundarias* como las *potencias* serían meras modificaciones de las cualidades primarias de un objeto y, por ello, ambas podrían recibir el nombre de cualidades secundarias. Locke analiza también los motivos que podrían explicar el por qué se tiende a considerar que las cualidades secundarias son reales, es decir, presentes en las cosas y no meras potencias. Afirma que dado que tales cualidades secundarias (sonidos, colores, olores) no contienen nada de volumen, forma o movimiento, lo lógico es pensar que no pueden ser las cosas quienes produzcan tales efectos en el sujeto. En definitiva, la razón no puede demostrar que algo corporal pueda tener la potencia de producir algo que no tiene cuerpo, como un olor o un sabor.

Las cualidades, si se consideran de manera debida, que realmente existen en los cuerpos son de tres clases: Primero, el volumen, la forma, el número, la situación y el movimiento o reposo de sus partes sólidas: estas cualidades están en los cuerpos, las percibamos o no. Y cuando los cuerpos tienen el tamaño suficiente para poder percibirlos, tenemos, a través de ellas, una idea de la cosa como es en sí misma, según acontece normalmente en las cosas artificiales. Yo llamo a estas cualidades primarias. En segundo lugar, el poder que existe en cualquier cuerpo, a causa de sus cualidades primarias insensibles, para obrar conforme a una manera peculiar sobre cualquiera de nuestros sentidos, y de esta forma provocar en nosotros las ideas diferentes de diversos colores, sonidos, olores, gustos, etc. A estas cualidades se las denomina usualmente cualidades sensibles. En tercer lugar, el poder que existe en cualquier cuerpo, en razón con la constitución particular de sus cualidades primarias, para producir un cambio de esa clase en el volumen, en la forma, en la textura y en el movimiento de otro cuerpo que lo haga actuar sobre nuestros sentidos de una manera diferente a la que operaba antes. De esta manera, el Sol tiene el poder de blanquear la cera y el fuego de derretir el plomo. Normalmente, a estas cualidades se las denomina potencias. Como ya se dijo, podría llamarse, a las primeras de estas tres clases, con propiedad cualidades reales originales o cualidades primarias, ya que se encuentran, se las perciba o no, en las cosas mismas; y las cualidades secundarias dependen, precisamente, de sus diversas modificaciones. Las otras dos clases solamente son potencias para obrar de un modo distinto sobre cosas diferentes, dichas potencias provienen de las distintas modificaciones de aquellas cualidades primarias....Lo que sucede es que las de la segunda clase, es decir, las potencias que

producen en nosotros varias ideas con nuestros sentidos, son consideradas como cualidades reales en las cosas que nos afectan de esta manera. Sin embargo, a las de la tercera clase se las denomina potencias, y como tales se las tiene. Por ejemplo, las ideas del calor o de la luz que por nuestros ojos o por el tacto recibimos del sol, son consideradas normalmente como cualidades reales que existen en el sol y como algo más que meras potencias en él. Pero cuando consideramos el sol con referencia a la cera, a la que derrite o blanquea, tenemos en cuenta la blancura y la blandura que en ella produce, y no como cualidades que se encuentran en el sol, sino como efectos producidos por potencias en él; en tanto que, si lo consideramos de manera debida, estas cualidades de luz y calor, percepciones más cuando este sol me calienta o ilumina, no están más en el sol, que lo están en él por los cambios que opera, cuando la blanquea o la derrite, en la cera. En todos los casos se trata igualmente de potencias en el sol, que dependen de sus cualidades primarias.....El motivo por el que unas cualidades se tienen frecuentemente por cualidades reales y las otras por meras potencias es porque como las ideas que tenemos de distintos colores, sonidos, etc., no contienen nada de volumen, forma o movimiento en ellas, no somos capaces de considerar los efectos de esas cualidades primarias; las cuales a nuestros sentidos no aparecen como agentes que actúan para producirlas, y respecto a las cuales no guardan ni una congruencia aparente, ni una conexión visible. Por esto se explica que tendamos a concebir que esas ideas son la semejanza de algo realmente existente en los objetos mismos; porque la sensación no permite descubrir que contribuya a la producción de esas ideas, el volumen, la forma o el movimiento de partes y también porque la razón no puede demostrar hasta qué punto puedan producir los cuerpos en la mente las ideas de azul, de amarillo, etc., por su volumen, su forma y su movimiento. Pero en el otro caso, en el de la acción de los cuerpos cuyas cualidades se alteran recíprocamente, podemos descubrir de manera evidente que la cualidad que ha sido producida no tiene ninguna semejanza, de manera general, con nada en la cosa que la produce; de donde se infiere que la consideramos como un mero efecto de una potencia. Porque, si bien nos inclinamos, al recibir la idea de calor o de luz solar, a pensar qué es la percepción y la semejanza de estas cualidades con el sol, sin embargo, cuando observamos que mudan el color la cera o el blanco rostro al exponerse al sol, no podemos concebir que sea la emanación o la semejanza de algo existente en el sol, puesto que no hallamos en el mismo sol esos colores diferentes. Porque, desde que en el momento que nuestros sentidos pueden advertir una semejanza o una diferencia de unas cualidades sensibles de dos objetos exteriores distintos, tenemos que llegar a la conclusión sin ninguna dificultad de que la producción de cualquier cualidad sensible en cualquier objeto es el efecto de una mera potencia, y no la transición de alguna cualidad que realmente existía en el actuante, puesto que no encontramos dicha cualidad insensible en la cosa que la produjo.

Locke finaliza el capítulo VIII afirmando que, después de todo lo dicho, podría concluirse lo siguiente: además de las *cualidades primarias* (volumen, forma, extensión, número y movimiento) existen dos clases de cualidades: *secundarias* y *potenciales*. A las primeras se les podría llamar *cualidades secundarias inmediatamente perceptibles* (olores, sabores); a las segundas *cualidades secundarias mediatamente perceptibles* (blandura)

LIBRO IV, CAPÍTULO II

Sobre los grados de nuestro conocimiento

Locke comienza señalando que las diferencias que existen en la claridad de nuestro pensamiento dependen de las diferentes maneras con que la mente percibe el acuerdo o desacuerdo entre las ideas. Esto implica que existen diferentes grados en el conocer. Así nos encontramos con que, algunas veces, la mente percibe de un modo inmediato el acuerdo o desacuerdo entre las ideas. por ejemplo, que lo blanco no es negro, que un círculo no es un triángulo, que tres son más que dos, etc. en tales casos la mente percibe estas verdades por mera intuición y sin la intervención de ninguna otra idea. Por ello, Locke, denomina este tipo de conocer como conocimiento intuitivo. En otros casos la mente percibe el acuerdo o desacuerdo de cualquier idea pero no de forma inmediata y, por ello, se ve obligada a hacer intervenir a otras ideas con el objeto de descubrir el acuerdo o desacuerdo que busca. a esto lo denomina. Locke como racionar. Por ejemplo, cuando la mente desea saber el acuerdo o desacuerdo en magnitud entre los tres ángulos de un triángulo y dos rectos, no puede hacerlo por medio de una mirada inmediata. Por ello no tiene un conocimiento intuitivo. En este caso la mente necesita acudir a otros ángulos con respecto a los cuales los tres ángulos de un triángulo tengan una igualdad. Pues bien a este tipo de conocimiento, Locke, lo denomina conocimiento demostrativo y a la rapidez que tenga la mente para llevarlo a cabo lo denomina como sagacidad.

TEXTO 2A

Me parece que la diferencia que hay en la claridad de nuestro conocimiento depende de las diferentes maneras de percepción de la mente sobre el acuerdo o desacuerdo de cualquiera de sus ideas. Porque si reflexionamos sobre nuestras maneras de pensar encontraremos que algunas veces la mente percibe el acuerdo o desacuerdo de dos ideas de un modo inmediato y por sí mismas, sin la intervención de ninguna otra: a esto pienso que se le puede llamar conocimiento intuitivo. Pues en estas ocasiones, la mente no se esfuerza en probar o en examinar, sino que percibe la verdad como el ojo la luz, solamente por- que se dirige a ella. Así la mente percibe que lo blanco no es lo negro, que un círculo no es un triángulo, que tres son más que dos e igual a uno más dos. Tales clases de verdades la mente las percibe a primera vista a partir de las ideas juntas, por mera intuición, sin la intervención de ninguna otra idea.....El segundo grado de conocimiento es aquel en que la mente percibe el acuerdo o desacuerdo de cualquier idea, pero no inmediatamente....En este caso, la mente permanece en ignorancia o, al menos, no va más lejos de una conjetura probable. La razón por la que la mente no siempre puede percibir inmediatamente el acuerdo o desacuerdo de dos ideas es porque esas ideas, respecto a las cuales se inquiera su acuerdo o desacuerdo no pueden ser reunidas por ella para hacerlo patente. Entonces, en este caso, cuando la mente no puede reunir sus ideas por una comparación inmediata, para percibir su acuerdo o desacuerdo, o por una yuxtaposición o aplicación la una de la otra, se ve obligada mediante la intervención de otras ideas (de una o de más, según los casos) a descubrir el acuerdo o desacuerdo que busca; y a esto es a lo que llamamos racionar. De esta manera, cuando la mente desea saber el acuerdo o desacuerdo en magnitud entre los tres ángulos de un triángulo y dos rectos, no puede hacerlo por medio de una mirada inmediata y comparándolos entre sí, porque los ángulos de un triángulo no pueden tomarse en conjunto y compararse con otro u otros dos ángulos; y de esta manera, la mente no tiene un conocimiento inmediato o intuitivo. En este caso la mente necesita acudir a otros ángulos, con respecto a los cuales los tres ángulos de un triángulo tengan una igualdad, y una vez haya descubierto que son iguales a dos rectos, llegue al conocimiento de que los anteriores eran también iguales a dos rectos.....Estas ideas intervinientes, que sirven para

mostrar el acuerdo de otras dos cualesquiera, reciben el nombre de pruebas; y cuando el acuerdo o desacuerdo se percibe de manera clara y llana por medio de ellas, se le llama demostración, puesto que le ha sido mostrado al entendimiento, y la mente ha podido ver que es así. La rapidez que tenga la mente para descubrir esas ideas intermedias (que pueden descubrir el acuerdo o desacuerdo de otras), y para aplicarlas correctamente, es, supongo, lo que se llama sagacidad.....Aunque este conocimiento, alcanzado por medio de pruebas intervinientes, sea cierto, sin embargo no alcanza una evidencia tan clara y luminosa, ni un asentimiento tan rápido como el conocimiento intuitivo. Porque, aunque en la demostración la mente llega al final a percibir el acuerdo o desacuerdo de las ideas que considera, no lo consigue, sin embargo, sin trabajo y atención, y necesita más que una mirada pasajera para encontrarlo.

Además de lo señalado hasta ahora existen, según Locke, otras diferencias entre el conocimiento intuitivo y el demostrativo. La primera diferencia tiene que ver con la duda. Y es que, aunque el conocimiento demostrativo es un conocimiento cierto y seguro, antes de la demostración existía la duda, algo que en el conocimiento intuitivo no puede suceder. La segunda tiene que ver con la claridad. y es que la percepción presente en el conocimiento demostrativo se encuentra muy disminuida en relación con la evidencia del conocimiento intuitivo. Locke compara lo dicho con una cara que es reflejada por varios espejos y en donde los reflejos sucesivos van perdiendo claridad y perfección. La tercera tiene que ver con la inferencia. es evidente que en una demostración cada paso de la misma tiene que ser retenida con exactitud en la mente. El problema es que en deducciones muy largas, la memoria no puede retener con exactitud todo lo que se quiere inferir o demostrar. Esto hace que el conocimiento demostrativo sea más imperfecto que el intuitivo.

Otra diferencia entre el conocimiento intuitivo y el demostrativo es que, aunque en este último toda duda desaparece cuando se percibe el acuerdo o el desacuerdo, por medio de la intervención de las ideas inmediatas, sin embargo, antes de la demostración existía la duda, lo que en el conocimiento intuitivo no le puede suceder... Por otro lado, aunque verdad es que la percepción producida por la demostración es también muy clara; sin embargo, es con frecuencia una percepción muy disminuida en relación con ese lustre evidente y plena seguridad que siempre acompaña a eso que yo llamo conocimiento intuitivo. Este sería similar a una cara reflejada por varios espejos, de uno a otro, donde, en tanto se mantenga la similitud y el acuerdo con el objeto, se produce el conocimiento; pero sucede que en los reflejos sucesivos se va advirtiendo una pérdida de esa claridad perfecta y de aquella distinción que existían en el primer reflejo; hasta que, finalmente, después de muchos cambios, se produce una gran confusión en las imágenes, y no resulta reconocible a primera vista...Lo mismo sucede con el conocimiento que se ha logrado tras una larga sucesión de pruebas.....Además, para hacer cualquier demostración resulta necesario percibir el acuerdo inmediato entre las ideas que intervienen, por lo que se conoce el acuerdo o desacuerdo de las dos ideas que se examinan, de las cuales una es siempre la primera y la otra la última en el enunciado. Esta percepción intuitiva del acuerdo o desacuerdo de las ideas intermedias, en cada paso y progresión de la demostración, debe ser retenida con exactitud en la mente, y todo hombre deberá estar seguro de que no omita ninguna parte. Lo cual, cuando son deducciones muy largas, y en las que se usan muchas pruebas, la memoria no siempre puede retenerlo

de manera tan real y exacta; por ello suele suceder que este conocimiento es más imperfecto que intuitivo.

Además del conocimiento intuitivo y demostrativo, Locke, hace referencia también a la existencia de lo que denomina como conocimiento sensitivo. Sobre este tipo de conocimiento, Locke, afirma que sobrepasa la mera probabilidad pero que, al mismo tiempo, no alcanza totalmente ninguno de los grados de certidumbre presentes en el conocimiento intuitivo y demostrativo. Además este tipo de conocimiento ha sido totalmente cuestionado por muchos filósofos. Aunque no lo cita con su nombre es evidente que Locke está pensando en Descartes como uno de los filósofos que habían cuestionado la certeza de tal tipo de conocimiento. Y es que Descartes, en las Meditaciones metafísicas, había señalado que, *aunque en nuestra mente exista una idea referida a una cosa externa, ello no implicaba necesariamente que tal cosa exista independientemente de tal idea*. Es posible, afirma Descartes, (aunque éste no sea su pensamiento final) que los hombres tengan en su mente ideas de cosas y que, sin embargo, al mismo tiempo, tales ideas no existan realmente como objetos distintos de las mismas.

Locke piensa que no tiene sentido tal planteamiento ya que estamos dotados de una evidencia que sobrepasa toda duda, en este aspecto, pues estamos absolutamente seguros que no es lo mismo tener una percepción del sol cuando lo miramos de día y cuando pensamos en él por la noche. Lo que sucede es que Descartes también si había planteado lo mismo y había acudido al *mundo de los sueños* para señalar que también había soñado haber visto de día del sol y haber pensado en él de noche. Ahora bien, si ello es así, se planteaba Descartes, como podemos estar seguros de cuál de ellos es el sol verdadero: ¿el del estado de vigilia? ¿El de los sueños? Locke, menos idealista, señala que le parece un juego de palabras el comparar la realidad de la vigilia y la de los sueños, como puede verse claramente si comparamos la realidad del fuego que nos quema estando despiertos y el que nos quema cuando dormimos.

En definitiva, según Locke, el conocimiento que se refiere a la existencia de objetos externos particulares (*conocimiento intuitivo*) es una clase de conocimiento que puede añadirse, sin problemas, al intuitivo y al demostrativo.

Estas dos, es decir, la intuición y la demostración, son los grados de nuestro conocimiento.....Hay, sin embargo, otra percepción de la mente que se emplea en la existencia particular de los seres finitos que están fuera de nosotros, y que sobrepasando la mera probabilidad, y no alzando, sin embargo, totalmente ninguno de los grados de certidumbre antes establecidos, pasa por el nombre de conocimiento.... Pero el que haya en nuestra mente algo más que meramente esa idea, el que de aquí podamos inferir la existencia cierta de algo fuera de nosotros que corresponda a esa idea, es lo que algunos hombres piensan que se debe cuestionar; porque los hombres pueden tener en sus mentes semejantes ideas, cuando tales cosas no existen, ni semejantes objetos afectan sus sentidos. Pero pienso que en este sentido estamos dotados de una evidencia que sobrepasa toda duda. Pues yo preguntaría a cualquiera si no está irremediabilmente consciente en sí mismo de tener una percepción diferente cuando mira el sol por el día y cuando piensa en él durante la noche; cuando saborea el ajeno, o huele una rosa, y cuando solamente piensa en ese sabor o en ese perfume. Así pues, encontramos que existe la misma diferencia entre cualquier idea revivida en la mente por la memoria y cualquiera que llega a nuestra mente por los sentidos, que la que existe entre dos ideas distintas. Y si alguien

afirmara que un sueño puede provocar lo mismo, y que todas esas ideas pueden ser producidas en nosotros sin los objetos exteriores, estará muy contento de soñar que yo le puedo contestar esto: ... Que yo pienso que admitirá que hay una diferencia muy manifiesta entre soñar que está en el fuego, y estar en este momento en él.... Así que creo podemos añadir a las dos anteriores clases de conocimiento una tercera: el de la existencia de objetos externos particulares; por medio de esa percepción y conciencia que tenemos de la entrada actual de ideas a partir de ellos, y deducir que existen tres grados de conocimiento: intuitivo, demostrativo y sensitivo, en cada uno de los cuales hay diferentes grados y modos de evidencia y de certidumbre.

LIBRO IV, CAPÍTULO IV

Acerca de la realidad del conocimiento

Locke comienza este capítulo desarrollando una OBJECCIÓN, que cualquiera podría hacerle, a su tesis de que el *conocimiento* consiste en el *acuerdo o de acuerdo entre ideas*. Y es que nos podríamos preguntar si podemos confiar realmente en las ideas de los hombres para fundamentar en ellas un conocimiento verdadero. Y es que acaso: ¿existe algo más extravagante que la imaginación del cerebro humano? ¿qué diferencia existe entre las ideas de un hombre sabio y las del más fantasioso y extravagante de los mortales? Y es que resulta evidente que tanto uno como otro tienen ideas; ahora bien, también es claro que la mente con más imaginación y, por tanto, con capacidad de producir ideas más claras, parece ser el segundo. ¿Son, por tanto, mejores las ideas producidas por un fanático y visionario que las de un hombre prudente y sabio? Por otro lado, se preguntan muchos, ¿qué sentido tiene fundamentar el conocimiento humano en las ideas y dejar de lado la realidad de las cosas? No son las ideas de los hombres - afirman muchos - las que deberían valorarse sino el conocimiento de las cosas ya que, de lo contrario, estaríamos basando el conocimiento en sueños y fantasías y no en auténticas realidades. En definitiva - concluyendo la objeción - si situamos el conocimiento en el ámbito de las ideas, nuestros pensamientos más serios no serán de mayor utilidad que los sueños de un loco, y las verdades construidas sobre ellos tendrán más peso que las disertaciones de un hombre sabio.

Estoy seguro de que, a estas alturas, mi lector tendrá la sensación de que durante todo este tiempo no he estado construyendo sino un castillo en el aire, y que estará tentado de preguntarme que a qué viene tanto ruido. Afirmas - me podrá decir - que el conocimiento no es sino la percepción del acuerdo o desacuerdo de nuestras propias ideas, pero ¿quién sabe lo que son esas ideas? ¿Existe algo más extravagante que la imaginación del cerebro humano? ¿Dónde existe una cabeza que no tenga una quimera en ella? O si hay un hombre justo y sabio, ¿qué diferencia puede haber, según tus reglas, entre su conocimiento y el de la mente más extravagante y fantasioso del mundo? Ambos tienen sus ideas y perciben el acuerdo o desacuerdo que existe entre ellas. Si alguna diferencia hay entre ellos, la ventaja estará de parte del hombre de imaginación más calenturienta, ya que tendrá mayor número de ideas, y más vivaces. Y de este modo, según tus reglas, él será el más conocedor. Y si es verdad que todo conocimiento depende únicamente de la percepción del acuerdo o desacuerdo de nuestras propias ideas, las visiones de un entusiasta y los razonamientos de un hombre sobrio serán igualmente ciertas. Nada importa cómo sean las cosas: será suficiente con que un hombre observe el acuerdo de sus propias imaginaciones, y con que hable de manera convincente, para que todo sea verdad,

para que todo sea cierto. Semejantes castillos en el aire serán unas fortalezas de verdad tan grandes como las demostraciones de Euclides. Que una arpía no es un centauro es, de esta manera, un conocimiento tan cierto y tan verdadero como que un cuadrado no es un círculo. Pero ¿para qué le sirve todo este bonito conocimiento de la imaginación de los hombres al hombre que pregunte por la realidad de las cosas? Las fantasías de los hombres no tienen ninguna importancia; es el conocimiento de las cosas lo que se debe valorar; lo único que da valor a nuestros razonamientos, y preferencia al conocimiento de una persona sobre el de otra, es que este conocimiento esté basado en como realmente son las cosas, y no en sueños y fantasías. A todo lo cual respondo que si el conocimiento de nuestras ideas termina en ellas y no alcanza más allá, cuando se intenta conseguir alguna cosa más, nuestros pensamientos más serios no serán de mayor utilidad que los sueños de un loco, y las verdades construidas sobre ellos no tendrán más peso que las disertaciones de un hombre que una serie de cosas claras en sus sueños.

La respuesta de Locke a estas objeciones es clara: *las ideas de la mente no son meras fantasmagorías sino algo que puede estar de acuerdo con las cosas mismas.* Ahora bien, ¿cuál es el criterio que ayuda a la mente a establecer tal acuerdo? Para explicar esto, Locke, repite de nuevo la diferenciación existente entre *Ideas Simples* e *Ideas Complejas*. Señala que las *ideas simples* no son meras ficciones mentales sino productos naturales y regulares de las cosas que están fuera de nosotros. Por ejemplo, la idea de blancura o de lo amargo, tal como están en la mente, no son meras elucubraciones sino algo que responde a ciertas realidades que existen fuera de nosotros y que tiene el poder de producir en la mente tales ideas. Por su parte, las *ideas complejas*, a excepción de las substancias, son arquetipos formados por la mente (modos y relaciones), y no intentan ser copia de nada, ni referirse a la existencia de ninguna cosa que sirva como original. Tales ideas, por tanto, no están destinadas a representar ninguna cosa. Por todo ello, como únicamente aspiran a representar algo en sí mismo, sin preocuparse por la copia natural, será el acuerdo o desacuerdo entre ellas quien nos mostrará su certeza y su REALIDAD. Tales ideas son como arquetipos mentales y las cosas son reales en tanto en cuanto se conforman con tales ideas. Esto es lo que sucede - como hemos visto anteriormente - con ideas que representan un sacrilegio o un parricidio.

Ahora bien, el que existan ideas complejas que no son copia de las cosas naturales no quiere decir que tales ideas no sean reales. Para justificar la creencia de que existen ideas que no tienen su copia en la naturaleza y, no por ello, dejan de ser reales, Locke, echa mano de las matemáticas. Es evidente que las verdades de la matemática, señala Locke, no son únicamente ciertas, sino también reales y no el producto de una visión quimérica del cerebro humano. Ahora bien, un matemático cuando considera un rectángulo o un círculo está ante lo que, únicamente, son ideas de su mente ya que no encontramos en la naturaleza ni rectángulos ni círculos. Y tales ideas no son meras ficciones sino cosas realmente existentes. Y es que, en este caso, la realidad viene dada no por lo que se ve sino por el *acuerdo* existente entre las ideas y las propiedades que el matemático logra descubrir en relación con los objetos (rectángulo, círculo) que estudia. En eso consiste verdaderamente su realidad. Pues bien, del mismo modo que las matemáticas tratan de cosas reales, también el conocimiento moral, que trata sobre ideas complejas relacionadas con los modos y las relaciones, si logra un *acuerdo* entre sus ideas estaría teniendo un conocimiento *real* aunque las ideas sobre las trata (justicia, honradez, bondad, etc) no existan, como tales, en la naturaleza. Del mismo modo que un matemático lleva a cabo sus demostraciones al margen de la existencia real de

cuadrados o círculos; aquel que reflexiona sobre la verdad y la certidumbre de los *discursos morales* hace abstracción de la vidas de los hombres y de su existencia en el mundo. Pero ello no significa que su discurso sea una quimera que nada tenga que ver con la realidad; ya que si, en tal discurso, se ha llegado, por ejemplo, a tener la idea de que un asesino es acreedor de la muerte, también será cierto en la realidad de cualquier acción que exista conforme con esa idea de asesinato. En este contexto, Locke, es consciente que la confusión del lenguaje está mucho más presente en el ámbito moral que en el de la matemática y que, por ello, el peligro de la confusión y del error es mucho mayor en tal ámbito. Por ello, afirma Locke, la mayoría de las veces el origen de las discordias, en el terreno de la moral, no es otra cosa que la utilización de *nombres equivocados*, como, por ejemplo, cuando alguien define y nombra la idea Justicia de un modo totalmente contrario a lo que realmente es. Como además, contrariamente a lo que sucede en el ámbito de la matemática y de la geometría, no podemos utilizar gráficos o dibujos que nos ayuden a precisar los términos morales, el problema se agranda aún más. A pesar de todo, Locke, estaba convencido que si la moral se abastecía de *ideas claras y precisas*, nuestro conocimiento, en este campo, marcharía hacia el descubrimiento de verdades reales y ciertas.

Nuestro conocimiento, por ello, sólo es real en la medida en que existe una conformidad entre nuestras ideas y la realidad de las cosas. Pero ¿cuál será ese criterio? ¿Cómo puede la mente, puesto que no percibe nada sino sus propias ideas, saber que están de acuerdo con las cosas mismas? Esto, aunque parece ofrecer cierta dificultad, pienso que se puede resolver, sin embargo, con la consideración de que existen dos clases de ideas que podemos asegurar están de acuerdo con las cosas.....Las primeras son las ideas simples, porque como la mente, según ya se ha mostrado, no puede forjarlas de ninguna manera por sí misma, tienen que ser necesariamente el producto de las cosas que operan sobre la mente de una manera natural, y que producen en ella aquellas percepciones.... De aquí resulta que las ideas simples no son ficciones nuestras, sino productos naturales y regulares de las cosas que están fuera de nosotros, que operan de una manera real sobre nosotros, y que de esta manera llevan toda la conformidad que se pretendió, o que nuestro estado requiere...Así, la idea de blanca, o la de amarga, tal como está en la mente, respondiendo exactamente a ese poder de producirla que hay en cualquier cuerpo, tiene toda la conformidad real que puede o debe tener con las cosas que están fuera de nosotros. Y esta conformidad entre nuestras ideas simples y la existencia de las cosas resulta suficiente para un conocimiento real....En segundo lugar, como todas nuestras ideas complejas, a excepción de las de las sustancias, son arquetipos forjados por la mente, y no intentan ser copia de nada, ni referirse a la existencia de ninguna cosa que sirva como original, no pueden carecer de ninguna conformidad necesaria para un conocimiento real. Porque aquello que no está destinado a representar ninguna cosa sino a sí mismo, nunca puede ser capaz de una representación errónea... según he mostrado en otro lugar, son combinaciones de ideas que la mente, por su libre elección, reúne sin considerar que tengan ninguna conexión con la naturaleza. Y de aquí resulta que en todas estas clases las ideas mismas son consideradas como los arquetipos, y las cosas son consideradas únicamente en tanto en cuanto se ajustan a ellos. De manera que no podemos por menos que estar infaliblemente seguros de que todo el conocimiento que tenemos sobre estas ideas es real, y que alcanza las cosas mismas. Porque en todos nuestros pensamientos, razonamientos y discursos de esta clase, no nos dirigimos a la consideración de las cosas sino en tanto en cuanto se conforman a nuestras ideas.

No dudo que se admitirá fácilmente que el conocimiento que tenemos de las verdades matemáticas no es sólo un conocimiento cierto, sino también real, y no la mera y vacía visión de una quimera insignificante del cerebro. Y, sin embargo, si lo consideramos detalladamente, encontraremos que se trata sólo de nuestras propias ideas. El matemático considera la verdad y las propiedades que pertenecen a un rectángulo o a un círculo únicamente en cuanto están en unas ideas de su propia mente. Pues seguramente nunca encontró ninguna de esas dos verdades existiendo precisamente, en su vida. Y, sin embargo, el conocimiento que tiene de cualquiera de las verdades o propiedades que pertenecen a un círculo, o a cualquier otra figura matemática, es el de algo verdadero y cierto, incluso de cosas realmente existentes, ya que las cosas reales no van más allá, ni se tienen en cuenta en tales proposiciones sino en cuanto se conforman con aquellos arquetipos de la mente. En la idea de un triángulo, ¿es cierto que sus tres ángulos son iguales a dos rectos? En caso afirmativo, también será cierto de un triángulo dondequiera que realmente exista. Y si cualquier otra figura existente no responde exactamente a la idea de triángulo que tiene en su mente, en absoluto se refiere a esa proposición. Y por todo ello él tiene la certidumbre de que su conocimiento sobre tales ideas es un conocimiento real, porque, como no pretende que las cosas vayan más lejos de su conformidad con aquellas ideas suyas, está seguro de que conoce lo que se refiere a esas figuras, en el momento en que ellas tenían una existencia meramente ideal en su mente, así como se tendrá también la verdad de aquéllas cuando tengan una existencia real en la materia.... De lo anterior se evidencia que el conocimiento moral es tan capaz de una certidumbre real como el matemático. Pues como la certidumbre no es sino la percepción del acuerdo o desacuerdo de nuestras ideas,... todo el acuerdo o desacuerdo que encontremos en ellas producirá un conocimiento real, al igual que el conocimiento de las figuras matemáticas.... Todos los discursos de los matemáticos sobre la cuadratura del círculo, sobre las secciones cónicas o sobre cualquier otra parte de las matemáticas nada tienen que ver con la existencia de esas figuras, sino que sus demostraciones, que dependen de sus ideas, son las mismas, con independencia de que en el mundo existan un cuadrado o un círculo. De la misma manera, la verdad y la certidumbre de los discursos morales abstraen de las vidas de los hombres y de la existencia en el mundo de aquellas virtudes sobre las que tratan;... no son menos ciertos porque no exista nadie en el mundo que practique tales reglas.... Si es verdad dentro de la especulación, es decir, dentro de la idea, que el asesino se hace acreedor a la muerte, también será cierto en la realidad de cualquier acción que exista conforme con esa idea de asesinato..... Admito que el cambio en un nombre, debido a la falta de propiedad del lenguaje podrá, en un principio, confundir a quien no conozca la idea que se quiere significar;... Exactamente igual ocurre con respecto al conocimiento moral. Imaginemos que un hombre tiene la idea de quitar las cosas a los demás, sin el consentimiento de éstos, cosas que ellos han obtenido de manera honrada, y se le ocurre llamar a esta idea «justicia». Quien tome aquí el nombre sin la idea que conlleva, incurrirá en un error al unir otra idea suya a ese mismo nombre... ello hace que los nombres equivocados en los discursos morales son, por regla general, origen de discordias, ya que no resulta tan fácil el rectificarlos como en las matemáticas, donde la figura, una vez dibujada y vista, deja el nombre sin utilidad y sin ninguna fuerza.... Pero en los nombres morales esto no puede conseguirse de una forma tan rápida y breve... Sin embargo, y pese a todo esto, la confusión de cualquiera de esas ideas que haga que se den nombres contrarios a la usual significación de las palabras en un lenguaje determinado, no impide que podamos tener un conocimiento cierto y demostrativo

sobre sus distintos acuerdos y desacuerdos, siempre que nos atengamos cuidadosamente, como hacemos en las matemáticas, a las mismas ideas precisas. Si separamos la idea que estamos considerando del signo que la significa, nuestro conocimiento marchará igual mente hacia el descubrimiento de una verdad real y cierta.

Por lo que se refiere a nuestras ideas complejas de substancias, dado que se refieren a arquetipos que están fuera de nosotros, tienen, según Locke, mayor peligro de ser *menos reales*. Ello se debe a que nuestras *ideas de substancias* no son otra cosa que una colección de ideas simples que se suponen que proceden de la naturaleza y que, al unir las, se les da un nombre que se supone tiene una existencia real. Ahora bien, es una temeridad, según Locke, pensar que únicamente tal colección de ideas expresan la realidad de la substancia. Es muy posible que existan otras cualidades presentes en el objeto y que, sin embargo, nos son totalmente desconocidas y que constituyen tal realidad. Sucede todo lo contrario a lo que nos encontramos al tratar de ideas complejas referidas a los modos o las relaciones. Aquí las ideas son ciertas y reales, al margen de que tengan una existencia en la naturaleza, ya que es el acuerdo entre las mismas las que nos muestra su certeza y su realidad. Por ejemplo, las ideas de sacrilegio o perjurio, pueden ser totalmente reales aún antes de observar su existencia en la naturaleza. Las *substancias*, sin embargo, son copias de algo existente en la naturaleza. Lo que sucede es que no conocemos cual es la constitución REAL de tales substancias.

En tercer lugar, hay otra clase de ideas complejas que, al referirse a arquetipos que están fuera de nosotros, pueden diferir de ellos y de esta manera, nuestro conocimiento puede llegar a ser escasamente real. Tales son nuestras ideas de las sustancias que, consistiendo en una colección de ideas simples, que se supone han sido tomadas de las obras de la naturaleza, pueden, sin embargo, ser diferentes de aquellos.... Así, pues, afirmo que para tener ideas de las sustancias que por su conformidad con las mismas pueden ofrecernos un conocimiento real, no es suficiente, como en los modos, con reunir ideas tales que no sean inconsistentes, aunque nunca hayan existido de esa manera; así, por ejemplo, las ideas de sacrilegio, de perjurio, etc., que eran unas ideas tan reales y verdaderas antes, como después de la existencia de esos hechos. Pero como se supone que nuestras ideas de las sustancias son copias, y se refieren a unos arquetipos que están fuera de nosotros, deben haber sido tomadas de cosas que existen o han existido....La razón de esto es que, como no conocemos cuál sea la constitución real de las sustancias de la que dependen nuestras ideas simples, y cuál sea efectivamente la causa de la estricta unión de algunas de ellas con otras, y de la exclusión de otras, hay muy pocas de las que podamos asegurar que son consistentes o inconsistentes en la naturaleza, más allá de lo que la experiencia y la observación sensible alcanzan.

BIBLIOGRAFIA

-José R. Ayllón, *Hª de la Filosofía*. 4º ed., Ariel 2007.

-Frederic Copleston, *Hª de la Filosofía*, Vol., 5, ed... Ariel 1981

- Nicolás Abbagnano, *Hª de la Filosofía*, vol. 2º, ed. Hora 1996,
- W.K.C. Guthrie, *Hª de la Filosofía*, ed. Gredos, 1991.
- “*Antología y Comentarios de textos*, Alhambra 1982.
- J, Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, ed. Ariel, 1994
- Locke, “*Ensayo sobre el entendimiento humano*”, Ed. Gredos 2015.